

Cuenta atrás o el mundo musulmán en la encrucijada del 11 de septiembre

Anluni Segura i Mas

Universitat de Barcelona

«Me miró directamente a los ojos... y sonrió». Esta explicación del cabo Eddie DiFranco dio la vuelta al mundo y era todo «cuanto podía recordar del conductor suicida que había pasado por su lado mientras hacía guardia delante de la entrada del cuartel general de los soldados norteamericanos en el barrio de Khaldeh, cerca del aeropuerto de Beirut»². Era el 23 de octubre de 1983 y dos conductores suicidas hacían chocar contra los cuarteles de las fuerzas norteamericanas y francesas dos camiones cargados de explosivos con el resultado de 241 y 58 muertos, respectivamente. Unos meses antes, el 18 de abril, otro conductor suicida se saltaba todas las barricadas y hacía explotar una camioneta Chevrolet dentro de la Embajada americana, seguramente el edificio mejor custodiado de la ciudad, causando 63 víctimas. Días después, el 11 de noviembre, un atentado de las mismas características ocasionaba 74 víctimas en el Cuartel General del ejército israelí en Tiro. Los atentados fueron reivindicados por la *Yihad Islámica*, pero no era difícil reconocer la larga mano de *Hezbollah* y la conexión entre Damasco y Teherán. Tras cuatro guerras árabo-israelíes, la ocu-

¹ Este artículo, tal como se anunció en el número anterior de la revista, debería haberse titulado «Política y conflictos actuales en el Magreb». Sin embargo, la crisis abierta por los atentados del 11 de septiembre invitaba a realizar una reflexión distinta. De acuerdo con la dirección de la revista, se ha optado, pues, por aportar una reflexión de urgencia que intenta situar la crisis en el marco de las relaciones internacionales recientes y, sobre todo, en el contexto de la historia actual del mundo árabe y musulmán.

² ROURA, J.: *El complot dels intransigents*, Barcelona, Edicions La Magrana, 1999, p. 89.

pacion del Líbano por Israel, que desembocó en el sitio \ bombardeo de Beirut oeste, la expulsión de Yasser Arafat y los fedayines palestinos y las masacres de Sabra y Chalila con la t'ollnivencia de Ariel Sharon, el conflicto del Próximo Oriente abría sus puertas a nuevas formas de terrorismo desconocidas hasta entonces. Era la presentación pública del terrorismo chiíta, que había declarado la guerra a la presencia de tropas occidentales en el Líbano y que bebía directamente d' los principios de la revolución de Jomeini de 1979, de las intrigas de Damasco para mantener su tutela política sobre Beirut y del sacrificio de miles de «mártires» iraníes que, desde 1980, Cornhalían al ejército irakí estimulado y alimentado por el armamento y la logística occidental y soviética y por las finanzas saudíes y kuwaitíes. Un tercer actor hacía acto de presencia en la larga guerra larvada que, desde el triunfo del Golpe de los Oficiales Libres en Egipto (1952) Y la llegada al poder de Nasser (1954), libraban en el t'ontexto de la Guerra Fría la versión árabe del socialismo desarrollada por Nasser —y su proyección con la llegada del partido Baas a los Gobiernos de Damasco y Bagdad y en los regímenes de Argelia y Libia— y el islamismo moderado y teocrático impulsado por Arabia Saudí con la aquiescencia de Washington. Este nuevo actor, el islamismo de inspiración chiíta, iba a dar un giro hrutal a todas las alianzas que hasta entonces parecían firmes. Por un lado, se oponía al islamismo sunita, en su versión wahhabita, que impulsaba Riad, a cuyo régimen acusaba de corrupto y falso y de custodiar, indehidamente, los lugares sagrados del islam³. Por otro lado, se producía una aproximación evidente entre un régimen socialista y aliado de Moscú como el de Damasco y la versión chiíta del islam político, que había triunfado y consolidado un régimen fuertemente t'onfesional en Teherán. Era una alianza inédita, propiciada por su común hostilidad contra el régimen de Bagdad, que debía preocupar a Washington, que no dudó en hacer partícipes y corresponsables de algunas acciones del terTOLismo internacional a Damasco y Teherán,

³ Según los líderes religiosos chiítas iraníes, la familia Saud mantenía un falso rigorismo interno que no se correspondía ni con su fortuna, ni con sus formas de vida —sobre todo cuando se trasladaban a sus palacios de la costa andaluza o francesa—, ni tampoco con el trato inhumano que dispensaban a los inmigrantes musulmanes que trabajaban en la Península Arábiga. De todo pila deducían que no eran dignos de custodiar los lugares sagrados del islam (La Meca y Medina) y que debían ser desalojados del poder en Riad. Una visión demoledora de la familia Saud en el libro de un antiguo diplomático francés en Riad, FOUQUER, J. M.: *Arabie Saoudite, la dictature protégée*, Paris, Albin Michel, 1995.

que compartirían, en la década de los ochenta, ese dudoso privilegio con Trípoli y los grupos radicales palestinos islamistas (*Hamas* y la *Yihad Islámica*, fundamentalmente) o de izquierdas (el Frente Popular para la Liberación de Palestina y el Frente Democrático para la Liberación de Palestina).

En la madrugada del 27 de diciembre de 1991, a medida que se conocían los resultados del escrutinio en un número de mesas significativo y se constataba la victoria, aplastante y sin paliativos, del Frente Islámico de Salvación (FIS), la cúpula del poder militar argelino decidió poner fin al proceso de transición a la democracia emprendido por Chadli Benyedid tres años antes. Como en el verano de 1962 o en junio de 1965, los altos mandos del ejército se erigieron de nuevo en tutores del pueblo argelino ante la amenaza de haber de dar cuentas de sus responsabilidades en la dirección política de la Argelia independiente. La política de Bumedián y su clan militar y, en menor medida, de Benyedid, que intentó pero fue incapaz de llevar a cabo la reforma que necesitaba el país, había conducido a un fiasco económico y social y había dado alas a los movimientos islamistas. Resultaba difícil explicar una deuda exterior de 26 mil millones de dólares en uno de los principales países exportadores de petróleo que había gozado de un período extraordinario e irrepetible, 1973-1986, en el alza de los precios del crudo. El sector duro del Ejército y del partido único tampoco estaban dispuestos a dar este tipo de explicaciones que, seguramente, hubieran resultado harto embarazosas ⁴. En consecuencia, una vez los resultados definitivos confirmaron la victoria del FIS y la debacle del Frente de Liberación Nacional (FLN) se procedió a dar un golpe de Estado encubierto forzando la dimisión de Benyedid la madrugada del 12 de enero

⁴ En 1990, Abdelhamid Brahimi, exministro del Plan de Bumedián y primer ministro de Benyedid hasta 1988, cuando dimitió en protesta por la actuación del ejército en la represión de los disturbios de octubre de aquel año, denunciaba que «las comisiones cobradas por los intermediarios sobre los contratos en el extranjero han desviado 26.000 millones de dólares (casi cuatro billones de pesetas desde la independencia, en 1962) que se encuentran en cuentas numeradas de bancos suizos» (*El País*, 14 de febrero de 1998). La suma equivale a la deuda exterior argelina en el momento del golpe de Estado encubierto de 1992. MARTÍNEZ, L.: *La guerre civile en Algérie*, Paris, Karthala, 1998, p. 18, añade que la corrupción, el paro y la pobreza ya «estaban presentes en la Argelia de los años sesenta y setenta y no son, por lo tanto, características sólo de la presidencia de Benyedid».

de 1992⁵. Se interrumpía así el proceso electoral y la segunda vuelta de las elecciones legislativas, prevista para el 16 de enero de 1992, nunca llegó a celebrarse. Se cubrieron las apariencias nombrando un organismo político no previsto, el Alto Comité de Estado (ACE), al frente del cual se puso a Mohamed Budiaf, un fundador y disidente del FLN que llevaba exiliado en Marruecos desde 1963 y desconocía la situación real de Argelia, pero cuyo hombre fuerte era el general Khalid Nezzar, ministro de Defensa de Benyedid⁶.

Nueva York, ocho horas y cuarenta cinco minutos de la mañana del]] de septiembre de 200], un Boeing 767 de American Airlines, con 92 pasajeros a bordo, choca contra la torre gemela norte del World Trade Center. Dieciocho minutos más tarde, ante las cámaras de televisión que retransmiten en directo al mundo entero el incendio causado por la primera colisión, un segundo Boeing 767 de la United Airlines con 65 personas a bordo impacta contra la torre gemela sur. Washington, nueve horas y treinta y cinco minutos, un Boeing 757 de American Airlines con 64 viajeros cae sobre el ala oeste del Pentágono. Treinta minutos después, otro Boeing 757 de United Airlines con 45 pasajeros se estrella en campo abierto cerca de Pittsburgh. Diez minutos después la torre norte del World Trade Center se desploma. Media hora antes lo había hecho su hermana gemela, la torre sur, que había recibido el impacto sobre la base imaginaria del último tercio del edificio. Una

⁵ Los resultados definitivos de la primera vuelta de las elecciones legislativas, celebradas según un sistema mayoritario parecido al francés, fueron, con una participación del 59 por 100, los siguientes: FIS, 3.260.222 votos, el 47,3 por 100 de los votos (el 24,5 por 100 del censo electoral); FLN, 1.6]2.947 votos, el 23,4 por 100 (12,25 por 100); Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), 510.66] votos, el 7,4 por 100 (3,9 por 100). El resto de fuerzas políticas no obtuvo la mayoría en ningún distrito electoral y, por lo tanto, tampoco representación parlamentaria. Con 188 escaños, de un total de 430, el FIS se situaba a un paso de la mayoría absoluta. El FFS, con un voto concentrado en la Cabília y en determinados barrios de inmigración bereber de Argel, obtenía 25 escaños, el FLN, 16, y candidaturas de independientes, 3 (ADDI, L.: *L'Algérie et la démocratie*, Paris, La Découverte, 1994, p. 176, y SEGURA, A.: *Más allá del islam. Política y conflictos actuales en el mundo musulmán*, Madrid, Alianza, 2001, p. 377).

1. No parece descabellado pensar que algunos rumores interesados pretendían, en realidad, justificar el golpe de Estado y el papel dirigente asumido por Nezzar. Como señala LEVERRIER, 1.: «El Frente Islámico de Salvación entre la prisa y la paciencia», en KEPEL, C. (dir.): *Las políticas de nias*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1995, p. 307, nota 2, «según ciertos rumores que circularon en Argel, el presidente Chadli se había puesto de acuerdo con los islamistas para proceder, antes o después de la segunda vuelta de las legislativas, al despido de tres generales, entre ellos el general mayor Khalid Nezzar, ministro de Defensa».

hora y media de horror, con amenazas de otros aviones secuestrados en paradero desconocido, que dejaron miles de víctimas y un montón de edificios destruidos, que se fueron derrumbando en las horas y los días posteriores a los atentados.

Tres hechos aparentemente aislados, sin conexión, pero que, en realidad, son tres secuencias (entre otras muchas) que forman parte de una misma historia compleja y contradictoria, que se inicia con la concreción de la política de bloques en la oposición entre socialismo árabe e islamismo en el mundo musulmán. En los años setenta y con la tolerancia, a menudo, de los poderes establecidos, se produce el ascenso, expansión y consolidación del islamismo de base religiosa que, tras la victoria de la revolución de Jomeini en Irán, empieza a percibirse como una amenaza creciente por las élites dirigentes de los países árabes y musulmanes, lo que provocará situaciones de violencia política que culminarán, en algunos casos, en golpes de Estado que se proponen eliminar la supuesta amenaza islamista, pero que pueden desembocar, como en Argelia, en sangrientas guerras civiles encubiertas. En otros casos, la expansión del islamismo conduce a su integración en las instituciones políticas vigentes y, por ende, a la desactivación o, si se prefiere, a la normalización, de su discurso político. De hecho, para Burhan Ghalioun, éste es el único camino posible, pues, «en los países musulmanes, el futuro de la democracia depende de dos transformaciones ineludibles; la primera de ellas es la desinstrumentalización de la idea democrática, ya que ésta debe dejar de ser lo que es en la actualidad —un instrumento ideológico de legitimización de la dominación de un grupo social— y volver a su función natural de idea rectora de un sistema de poder; y la segunda es la conversión democrática de la mayoría del movimiento islamista» 7.

Sin embargo, a medida que se acentúa la represión o la normalización del islamismo, toma cada vez más importancia el discurso de grupos radicales que, por su carácter minoritario y clandestino (como el chiismo en países de mayoría sunita), desembocan, muchas veces, en actitudes fanáticas y sectarias que incluyen la utilización de la violencia y del terrorismo. De nuevo en palabras de Ghalioun, «una larga historia de despotismo ilustrado» explica «la fascinación que despierta la violencia... Las elites sociales cuentan con la violencia para realizar, en poco tiempo y con pocos medios, todo aquello que de otro modo exigiría

⁷ GHALIOUN B.: *Islam y política. Las traiciones de la modernidad*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999, p. 258.

mucho más tiempo y esfuerzo. En realidad, detrás del mito de la violencia se esconde la incapacidad de poner en marcha un proceso de legitimación del poder» s.

La aparición de grupos violentos, a menudo pero no siempre de adscripción chiita, en países como el Líbano o Egipto provocó una exacerbación de la violencia institucional, sobre todo, cuando demostraron su capacidad de enlazar con el discurso de la *yihad* elaborado por el egipcio Sayid Qutb en la década de los sesenta y su eficacia asesinando a Sadat y ocupando la ciudad egipcia de Assiut (200.000 habitantes) en 1981 ⁹. Un año después, en Hama (Siria), los Hermanos Musulmanes protagonizaron una sublevación que se saldó con una dura intervención del ejército y de la aviación que llegó a bombardear varios barrios de la ciudad. Un año más tarde se produjeron los atentados del Líbano. Sin embargo, y contrariamente a lo sucedido en Irán, en los países sunitas, la espectacularidad de todas estas acciones no puede ocultar la incapacidad del islamismo radical, formado por militantes surgidos de las universidades técnicas, con poco conocimiento de los textos sagrados y del árabe literario y muy críticos con unos ulemas que consideran vendidos al Gobierno, para provocar una sublevación y tomar el poder a través de acciones violentas. Como subraya Kepel, el fracaso de la «reislamización desde arriba» realimentó la «reislamización desde abajo», de tal manera que, «a fines de los ochenta, los movimientos de reislamización “(desde abajo)” se hallaban a la cabeza de poderosas tramas comunitarias que, en ocasiones, controlaban barrios

³ GHALIOUN, R.: *op. cit.*, 1999, p. 253.

⁹ Para una breve biografía de Sayid Qutb ver CARRÉ, O.: «Sayyid Qutb, théoricien de l'islamisme», en BALTA, P. (présente): *Islam civilisation et sociétés*, s.l. (Francia), Éditions du Rocher, 1991, pp. 205-216. Ver también las páginas que le dedica KEPEL, G. (dir.): *La revancha de Dios. Cristianos, judíos y musulmanes a la reconquista del mundo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1991, pp. 38-50.

«El asesinato de Sadat y la ocupación de Assiut fueron llevados a cabo por el grupo islamista radical Al Yihad. Cuando se perpetró el atentado, el jefe del comando gritó: “Mi nombre es Jaled Istanbuli. He matado al faraón y no me da miedo morir”. ¿Qué quería decir? ¿Que el faraón había sellado la paz con Israel (como se pensó en Occidente)? Analizando la literatura de la época, se observa que la cuestión de Israel parece secundaria. Para ellos, el crimen de Sadat era que había atentado contra el carácter islámico de la sociedad egipcia. Se le acusaba de apostasía, de neopaganismo. Según Abdel Salam Farag, líder espiritual del grupo, mientras la comunidad estuviera dirigida por apóstatas, la lucha contra los sionistas carecía de sentido, ya que la victoria no haría más que fortalecer a los tiranos internos» (LEWIS, R.: *EL País*, 16 de enero de 1994).

enteros y forzosamente mediaban entre los poderes públicos y los grupos sociales marginados. Por entonces las relaciones con el Estado sufrieron una transformación: estos movimientos se desplazaron hacia el espacio político, un terreno en el cual nunca se habían aventurado»¹⁰. El resultado de esta aventura se apuntaba en párrafos anteriores: o integración política (Jordania, en cierta medida Marruecos, Argelia, en el caso de los conservadores y casi oficialistas Movimiento de la Sociedad por la Paz y Movimiento de Renovación, y Egipto, por lo que respecta a los Hermanos Musulmanes) o golpe de Estado, represión y clandestinidad (Túnez, Argelia, en el caso del FIS y, por supuesto, de los grupos armados aparecidos tras el golpe de Estado encubierto de 1992).

Al mismo tiempo, en la periferia del mundo musulmán y en el marco de la guerra de Afganistán, aparecen organizaciones armadas de adscripción sunita que (cumplen un triple objetivo: el más inmediato, combatir al Ejército Hojo; a medio plazo, disputar el liderazgo ideológico del radicalismo islamista a las organizaciones de orientación chiita; siempre, dar una oportunidad de formarse en el combate y adquirir una experiencia militar a los miembros más radicales del islamismo sunita. El *wahhabismo*, versión rigorista del islam convertida en religión de Estado en Arabia Saudí, proporcionó las bases doctrinales necesarias para dicha empresa y Riad los medios materiales y financieros. La mentalidad de la Guerra Fría se deslizaba peligrosamente hacia la secular oposición sunita-chiita en los conflictos que afectaban al mundo musulmán. Con la crisis institucional, social y económica de Arabia Saudí, esa pugna y, sobre todo, la desterritorialización y la internacionalización de la violencia y la guerra declarada a Estados Unidos por algunos de esos grupos han acabado por convertirse en uno de los principales factores de desestabilización del mundo musulmán y no musulmán y que interfiere y altera el sistema de relaciones internacionales surgido de la Guerra Fría. Una parte de esa historia y sus consecuencias es lo que se pretende explicar en las páginas que siguen.

* * *

¹⁰ KEPEL, G. (dir.): *op. cit.*, 1991, p. 62. El país donde mejor se puede seguir el modelo de reislamización desde abajo propuesto por Kepel sigue siendo la Argelia de los años ochenta y uno de los mejores «trabajos de campo» para entender los mecanismos de este ascenso y de la penetración social de las organizaciones islamistas es todavía el de ROUADJIA, A.: *Les frères et la mosquée. Enquête sur le mouvement islamiste en Algérie*, Paris, Karthala, 1990. Una buena aproximación al FIS en LEVERRIER, I.: «El Frente Islámico de Salvación entre la prisa y la paciencia», *op. cit.*, pp. 27-71.

Los atentados del 11 de septiembre fueron, sin duda, la acción terrorista más sangrienta de toda la historia, que requería un nivel de preparación, de sincronización, de conocimientos, de infraestructura, de financiación y de disposición a la inmolación que no parecen al alcance de las organizaciones terroristas más conocidas. Reunir diecinueve militantes, cuatro de ellos con conocimientos de vuelo suficientes como para dirigir con precisión los aviones hacia sus objetivos y dispuestos a utilizar los aparatos para bombardear el corazón financiero y de defensa del país más poderoso del mundo requería un grado de fanatismo y de simbolismo ritual poco comunes. De ahí que, muy pronto, las investigaciones y la opinión pública apuntaran a la organización de Osama Bin Laden, *Al Qaeda* (La Base), como la única capaz de disponer de los recursos financieros y de infraestructura suficientes para llevar a cabo una acción de este tipo. El millonario saudí, antiguo aliado cuando se trataba de reclutar militantes islamistas por todo el mundo musulmán para enviarlos a luchar, codo a codo con los mujaidines afganos, contra el Ejército Rojo, tenía el grado de fanatismo y el poder de captación suficientes como para organizar un atentado de estas características. No le faltarían, además, sus razones: un profundo odio contra los Estados Unidos —y contra la monarquía saudí— por la presencia de bases y el estacionamiento de tropas americanas en las proximidades de los lugares sagrados del islam en la Península Arábiga (territorio *haram*)¹¹. Para Washington, los atentados del día 11 de septiembre no serían más que la continuación, a una escala mayor y atacando el corazón del imperio, de los atentados perpetrados contra las embajadas de los Estados Unidos en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania) en 1998, de los que se acusó ya entonces a la organización de Bin Laden.

Lo que hace distintos de otros anteriores los atentados del 11 de septiembre de 2001 es su magnitud y grado de eficacia y la disposición

¹¹ El 23 de agosto de 1996, Osama Bin Laden, instalado en Afganistán desde 1982, difundió una *Declaration of War against the americans occupying the Land of the Holy Places* (Declaración de guerra contra los americanos que ocupan la tierra de los Lugares Sagrados, es decir, La Meca y Medina), que podía consultarse en <http://www.azzam.com>. En esta declaración Bin Laden hace una crítica radical del régimen de Arabia Saudí, hace suyas algunas de las reivindicaciones de los grandes comerciantes-empresarios de la Península Arábiga, clase acomodada y rica de la que él mismo y su familia forman parte, supuestamente sometidos a los designios y arbitrariedades de la familia Saud, e intenta dar una cobertura religiosa a sus acciones futuras.

a la inmolación de sus ejecutores. Y, más allá de las consideraciones éticas o morales aplicables a todos los actos terroristas¹², los atentados del día 11 son el último eslabón, la última herencia, de la Guerra Fría, por un lado, y del Gran Juego que se desarrolla en el tablero de Asia Central, por otro. El Gran Juego, éste es el subtítulo escogido por Ahmed Rashid en su libro sobre los talibán para referirse a la pugna de intereses en Asia Central¹³. Con la desaparición de la URSS y la independencia de las repúblicas del Asia Central, Afganistán se convierte en un enclave geoestratégico para Islamabad y Washington. En efecto, en Uzbekistán se encuentra la mina de oro más importante del mundo, Tadjikistán posee el yacimiento de plata más extenso, se cree que en su subsuelo (y en el del Kirguizistán) también hay uranio en gran cantidad y, sobre todo, se trata de dar salida a las importantes reservas de hidrocarburos de Turkmenistán y Kazajistán, que se calcula que tiene más de la cuarta parte de las reservas mundiales de petróleo conocidas. A todo ello hay que añadir las importantes reservas de gas natural que hay en la región.

Durante la década de los ochenta, en Peshawar se dieron cita los principales partidos de la oposición afgana reconocidos por las autoridades pakistaníes, que se encargaban de canalizar la ayuda internacional (principalmente saudí, kuwaití y estadounidense). Muy pronto, la ayuda se dirigió, fundamentalmente, al Partido Islámico de Gulbuddin Hekmatyar, el de mayor afinidad con los Hermanos Musulmanes, con

¹² En el plano ético no puede aceptarse la distinción entre terrorismo —o terroristas— buenos y malos, entre causas justas y causas injustas. La legitimidad de una causa queda invalidada si se utilizan medios ilegítimos o criminales. Ningún fin puede justificar nunca, ni en ningún lugar, ni bajo ningún pretexto, el asesinato indiscriminado de víctimas inocentes. Lo ha apuntado acertadamente Gregorio Morán: entre el fundamentalismo islámico que asesina en Nueva York y fundamentalismos que se reclaman de otras adscripciones (religiosas, ideológicas o nacionalistas) no hay ninguna diferencia y el objetivo del terrorismo de masas siempre es el mismo: la «socialización del dolor». En todo caso —añade—, «el carácter singular del terrorismo, lo que le diferencia de otros fenómenos de raíz política, es que no tiene nada que ver con una guerra convencional y apenas sirven de nada los viejos tratados. Las batallas del terrorismo son fulminantes, únicas, irrepetibles. Una acción ejecutada es una batalla ganada, y cuantos más muertos más victoria, porque el éxito se mide por el volumen del daño» (MORÁN, G.: «Framente», *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 2001).

¹³ Sin duda, la principal obra de referencia, la más completa y exhaustiva, sobre Afganistán, la pugna de intereses en torno a los hidrocarburos, las guerras, las divisiones étnicas y lingüísticas, los conflictos geoestratégicos, de política internacional y de intereses, los mujáhdines y el movimiento talibán es la de RASHID, A.: *Los Talibán. El petróleo, el petróleo y el nuevo «Gran Juego» en Asia Central*. Barcelona, Península, 2001.

el movimiento wahhabita saudí, la Jama'at-e Islami pakistanesa y, por ende, con el régimen del general Zia ul-Haq que había instaurado la sharia en Pakistán en 1979; y a la Asociación Islámica de Burhanuddin Habbani, prestigiada por las victorias del comandante Masud contra las tropas soviéticas. Y fue «en este universo de los refugiados de Peshawar que emergió la primera generación afgana urbanizada y alfabetizada masivamente. La escolarización se hacía principalmente a través de las redes controladas por el partido de Hekmatyar, que utiliza los considerables medios financieros que le proporciona la ayuda árabe para construir una base de reclutamiento entre la joven generación, “destribalizada” y transformada por el éxodo en una “juventud urbana pobre” receptiva a la ideología islamista»¹¹. Sin embargo, al mismo tiempo, tiene lugar otra escolarización masiva facilitada por las escuelas coránicas, que enseñan en árabe y en urdu, repartidas por todo Pakistán, que dan acogida a muchos jóvenes afganos becados, separados de sus familias y de su entorno natural. En estas escuelas, coinciden jóvenes pakistaníes y afganos de todas las etnias (pero, en las regiones pakistanesas de Quetta y Peshawar, donde se concentran los refugiados afganos, sobre todo de la etnia pashtún) y a través de un espíritu rigorista y conservador, que inculca la obediencia a las *fatwas* y la instauración de la sharia, se predica una personalidad islámica de carácter universal. Será precisamente de estas escuelas de donde surgirán una década más tarde los talibanes que, «por contraste con los islamistas del partido de Hekmatyar que quieren “islamizar la modernidad”, es decir, domesticar las técnicas y los conocimientos occidentales para ponerlos al servicio del Estado islámico, los “fundamentalistas”... la rechazan»¹⁵.

En los años ochenta, la región pakistaní de Peshawar y los campos de batalla de Afganistán se convirtieron, pues, en el laboratorio y en las aulas para la formación de cuadros del radicalismo sunita de orientación wahhabita, la versión más conservadora y reaccionaria del islam. Se articulaba así, insensatamente, una respuesta al radicalismo chiita relacionado con Teherán y utilizado por Damasco, que había protagonizado los atentados de Beirut en 1983 y diversas acciones violentas en Arabia Saudí: en noviembre de 1979, un comando armado de unos 300 islamistas atacaba la Gran Mezquita de La Meca y Riad tuvo que pedir la ayuda del Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional

¹¹ KEPEL, C.: *jihad. Expansion et déclin de l'islamisme*, Paris, Callimanl, 2000, p.142.

¹⁵ KEPEL, C.: *op. cit.*, 2000, p. 143.

Francesa para expulsarlos del recinto sagrado; en 1981, era duramente reprimida una revuelta chiita en la región petrolera de Al-Ahsa; en 1987, una revuelta de peregrinos chiitas en La Meca se saldaba con un balance de 402 muertos. Teherán criticaba sin cuartel al régimen corrupto de Riad, le acusaba de custodiar indebidamente los Lugares Santos (La Meca y Medina) del islam y no le perdonaba el apoyo prestado a Saddam Hussein en la guerra contra Irán (1980-1988).

En definitiva, como sostiene Olivier Roy, el entramado islamista radical sunita afgano-pakistaní parece tener su origen inmediato en los atentados de 1983, ya que la reacción de Washington fue hacer pagar a Moscú la ocupación de Afganistán volviendo el radicalismo islámico contra el comunismo y, secundariamente, contra el chiismo iraní. «Se trata de fomentar un radicalismo propiamente sunita, que anteponga la aplicación integral de la sharia y evite cualquier evocación a una "revolución islámica". Esto beneficiaría a Arabia Saudí, deseosa de reforzar su legitimidad frente a Irán. Por lo que respecta a los servicios pakistaníes han tenido siempre (y tienen todavía) un proyecto más amplio: jugar la carta islamista sunita para controlar Afganistán y abrirse camino hacia el Asia Central». Según Roy, la operación fue concebida por la CIA y contaba con la participación de los servicios saudíes, representados por el príncipe Turki bin Faysal (jefe de los servicios de inteligencia hasta agosto de 2001!), y con el ISI (Inter-Services Intelligence) pakistaní. Así, en 1984, la organización de Osama Bin Laden, millonario saudí adscrito a la causa del islamismo radical internacional, al servicio de la cual puso su fortuna, empezó a reclutar militantes islamistas por todo el mundo musulmán para dirigirlos a Peshawar, donde eran recibidos por el jordano-palestino Abdalá Azzam, mítico teórico de la *Jihad* contemporánea misteriosamente asesinado en 1989, que los enviaba a los campos de entrenamiento del Partido Islámico de Hekmatyar o hacia otros campos vecinos](. «Hay que recordar, en efecto, que fue la administración Reagan, de acuerdo con sus aliados saudíes y pakistaníes, quien aportó un apoyo logístico y financiero así como una importante formación [militar] a los más radicales de los movimientos de mujaidines» 17.

¹⁶ Roy, O.: «Un fondamentalisme sunnite en panne de projet politique», *Le Monde Diplomatique*, abril 1998, p. 8.

¹⁷ RASHID, A.: «Les talibans au coeur de la déstabilisation régionale», *Le Monde Diplomatique*, noviembre 1999, p. 5. Como homenaje a la figura de Abdalá Azzam podía consultarse una web (<http://www.azzam.com>.) con su nombre centrada, funda-

Se cree que por Afganistán pasaron unos treinta y cinco mil militantes islamistas y algunos de los futuros dirigentes de las fracciones más violentas del islamismo argelino (y, particularmente, del GIA: Tayyeh el Afgani, muerto en 1992; Djaffar el Afgani y Chérif Gousmi, muertos en 1(94) y futuros combatientes de las guerras de Bosnia y Chechenia, como el comandante Iatah, saudí de nacimiento y jefe de una de las principales milicias chechenas, entre otros. No era difícil encontrar voluntarios para la internacional islamista de Peshawar porque su creación y expansión coincidió con los momentos en que el islamismo moderado gozaba de gran prestigio en muchos países musulmanes y obtenía sus mayores éxitos políticos: en Argelia, el Frente Islámico de Salvación (FIS) irrumpió con fuerza tras los disturbios de octubre de 1988, se constituyó oficialmente en marzo de 1989, fue legalizado en septiembre de ese mismo año y ganó las elecciones municipales en las principales ciudades del país en junio de 1990¹⁸; en Jordania, los islamistas obtuvieron 34 escaños, sobre un total de 80, en las elecciones de 1987; en Egipto, los Hermanos Musulmanes, encuadrados en las listas del Neo-Wafd, un partido de orientación liberal y laica, obtuvieron 10 escaños en las elecciones de 1984 y 37 encuadrados en las listas del Partido Socialista del Trabajo en las de 1987; en Marruecos, la integración política del movimiento islamista, más antiguo (años setenta) pero menos estructurado, más dividido y más débil que en otros países del Magreb, es un fenómeno muy complejo, ya que, en cierta medida, no se trata «de una corriente organizada, sino más bien de una sensibilidad compartida por diversos movimientos que reivindican una cierta singularidad con respecto a los musulmanes comunes» y, además, choca con la contradicción y las limitaciones derivadas de que el rey tenga reconocido por todas las instancias políticas y sociales el estatuto de comendador de los creyentes; etc.¹⁹. Son las consecuencias del juego que, desde

mentalmente, en el conflicto de Chechenia. Ahora, aparece el siguiente mensaje: «This site has been suspended until further notice».

¹⁸ Después, el FIS protagonizó un fuerte pulso con el Gobierno y, sobre todo, con los poderes fácticos del Ejército, la huelga general de mayo-junio de 1991, que le valió el arresto de sus principales dirigentes (Abassi Madani y Ali Belhadj), que no pudieron participar en la primera vuelta de las elecciones legislativas (diciembre de 1991) que ganó el FIS. Victoria que no pudo revalidar en la segunda vuelta porque lo impidió el golpe de Estado del 12 de enero de 1992.

¹⁹ Sobre el complejo proceso de integración política del islamismo en Marruecos y, especialmente, para la evolución seguida por las dos organizaciones más importantes la *AI-Adl wa-I-Ishan* (Justicia y Virtud) de Abdessalam Yassin y la actual *AI-Islah*

mediados de los setenta, han practicado algunos regímenes autoritarios del Magreb y del Próximo Oriente, que no dudaron en dar un apoyo implícito a las organizaciones islamistas moderadas para deshacerse de la oposición crítica de izquierdas.

En las universidades magrebíes, la hegemonía islamista fue fruto de una larga y sorda lucha que a lo largo de los setenta sostuvieron los grupos islamistas contra los estudiantes «izquierdistas». A veces, los gobiernos apoyaron discretamente a los grupos islamistas para minar la mayoría de izquierdas en los campus universitarios. Los militantes islamistas contaron a su favor con una amplia red de solidaridad que, a cambio del «compromiso religioso», suplía las deficiencias de infraestructura del mundo universitario y la falta de medios del estudiante medio: vivienda, comida, vestido (naturalmente en la más pura ortodoxia islámica: velo, chilaba, etc.), clases de refuerzo, etc. Contaba también con una cierta ventaja ideológica: la izquierda criticaba a unos regímenes que intentaban imitar el sistema político y de valores occidental de cuyo universo cultural formaba parte, en última instancia, su propio discurso; en cambio, el discurso islamista no sólo era crítico con el poder, sino que, al mismo tiempo, atacaba duramente a la modernidad importada de Occidente y remitía, en primera instancia, al universo cultural y religioso propio, el islam. En este contexto, fue incluso frecuente la conversión de muchos marxistas en islamistas. Es así como, a principios de los ochenta, el movimiento universitario magrebí había pasado, en buena parte, a manos del islamismo y, en los mítines y asambleas, «las fotos de Lenin» habían sido «definitivamente reemplazadas por la consigna "Alá Akbar" (Dios es el más grande)>>²⁰.

Así pues, la ciudad de Peshawar se convirtió, en los años ochenta, en el centro de reclutamiento de militantes islamistas dispuestos a luchar en Afganistán contra el Ejército Rojo, mientras en Argelia y otros países musulmanes el islamismo moderado iba tejiendo su asalto al poder por vías políticas y todo lo democráticas que permitían los procesos de transición que se estaban dando. Para ello hubo que contar con los dirigentes saudíes, que tejieron una compleja y amplia red de financiación. Riad, con el soporte de otros países de la Península, venía

wa-I-Tawhid (Partido de la Reforma y la Unidad), ver Toz), !M!: «Reformas políticas y transición d'11ocrática en Marruecos», en AUBARELL, G.: *Las políticas mediterráneas*, Barcelona, Icaria-Institut Català de la Mediterrània, 1999, pp. 117-145 (la cita del texto es de la página 131).

²⁰ KEPEL, C.: *op. cit.*, 1991, pp. 47-48.

desarrollando, desde los años setenta, un sistema bancario y financiero musulmán que se adaptara a los preceptos islámicos, que prohíben prestar dinero a interés, y, sobre todo, que diera salida en forma de inversiones a los petrodólares generados por las rentas del petróleo y a los donativos destinados a obras piadosas o necesidades de la comunidad (*Zakat*). En 1970, bajo el liderazgo de Riad, surgió la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), que revisa y adapta los principios musulmanes con el objeto de impulsar el desarrollo de una Banca islámica. En 1975, aparece la primera banca privada islámica, el Dubái Islamic Bank. Hoy, el sistema comprende bancos árabes, especialmente de la Península Arábiga (Arab National Bank, National Commercial Bank, Riyad Bank, Saudi International Bank), los denominados bancos islámicos (Al-Rajhi Banking & Investment Corp., Al-Baraka), especializados en contratos dirigidos a las fortunas medias, y se completa con aquellas instituciones financieras occidentales que ofrecen «inversiones según los preceptos islámicos». Lo forman más de 160 instituciones financieras islámicas que operan en 75 países y controlan unos 230.000 millones de dólares. El sistema financiero proporcionó una estimable ayuda económica al movimiento palestino (a la OLP hasta 1991, cuando Yasser Arafat se solidarizó con Saddam Hussein, y a Hamas y otras organizaciones islamistas radicales a partir de entonces) y a los países árabes que participaron en las guerras contra Israel y mantenían una beligerancia potencial. También destinó una parte de las ayudas a los países árabes pobres y, sobre todo, a financiar la expansión del islamismo moderado a través de asociaciones de carácter religioso, como los Hermanos Musulmanes o la Asociación para la Propagación del islam (Tabligh). El proselitismo islamista moderado impulsado por las finanzas saudíes se explica en el contexto de la Guerra Fría, de la alianza con Estados Unidos, que se ha mantenido incuestionable desde 1944, y en la oposición a la expansión del socialismo árabe. Sin embargo, el sistema adquirió un carácter cada vez más autónomo y, en ocasiones, acabó financiando asociaciones radicales apartadas de las directrices de Riad, sobre todo, después de la Segunda Guerra del Golfo, cuando muchas organizaciones islamistas criticaron los ataques contra Irak y el eslabetimiento de tropas extranjeras en el territorio sagrado de la Península Arábiga y Riad les retiró oficialmente su apoyo ²¹.

²¹ Sobre el sistema bancario y financiero musulmán ver ROCHE, M.: «La grande discretion des banques "islamiques"», *Le Monde*, 1^o de septiembre de 2001, p. 6.

En Afganistán, la Guerra Civil que siguió a la expulsión del Ejército Rojo (1989) dio paso a un proceso de desestabilización política. A partir de entonces, se desarrolló una verdadera Guerra Civil entre los mujaidines que habían combatido a los soviéticos, y la toma de Kabul y el fin del régimen comunista no se produjo hasta 1992. Había, pues, que sustituir a los señores de la guerra y a Gulhuddin Hekmatyar, líder del Partido Islámico, el de mayor afinidad con el movimiento wahhabita saudí y con los dirigentes de Islamabad, pero que se mostraba incapaz de poner fin a la Guerra Civil y que, además, error imperdonable, había mostrado sus simpatías por Irak en el curso de la Segunda Guerra del Golfo, distanciándose de esta manera de Riad y de la financiación saudí. Para ello era necesario contar con un movimiento de base pashtún que, en nombre de un islam reunificador, impulsara la cohesión nacional y fuera capaz de obligar a las distintas partes a negociar la paz y que, además, facilitara la construcción de un oleoducto a través de Afganistán para dar salida a los hidrocarburos de las ex repúblicas soviéticas de Asia Central por Pakistán. Eso era lo que se esperaba de los talibán (estudiantes pashtunes formados en escuelas islámicas pakistaníes). De ahí que Teherán acusara a Islamabad —y a Washington— de haber favorecido la creación de los talibanes con la intención de reforzar el nacionalismo pashtún, de abrir una vía de acceso segura desde Quetta (Pakistán) hacia las ex repúblicas soviéticas de Asia Central y de oponerse a la influencia chiíta e iraní en Afganistán.

Se trataba, según Rashid, de abrir una ruta para los hidrocarburos del Asia Central a través de un oleoducto que construiría la compañía estadounidense Unocal por Afganistán y Pakistán y, en detrimento, por lo tanto, de Irán y Rusia. También Roy lo ha señalado: Islamabad quería «implantar en Kabul un régimen bajo tutela gracias a las afinidades étnicas y clericales —muchos oficiales pakistaníes son pashtunes como los talibán—, obtener una profundidad estratégica frente a la India; y abrir un corredor de acceso al Asia Central»²², que asegurara la provisión energética, el apoyo norteamericano y los beneficios derivados del tránsito de hidrocarburos. Otra cuestión es que el régimen talibán resultó menos dócil de lo que se esperaba y no sólo no llegó

y, sobre todo, WARDE, I: *Islamic Filibuster in the Global Economy*, Edinburgh University Press, 2000, y «Paradoxes de la finance islamique», *Le Monde Diplomatique*, septiembre 2001, p. 20.

²² Roy, O.: «Avec les talibans, la charia plus le gazoduc», *Le Monde Diplomatique*, noviembre 1996, p. 6.

a acuerdos con Hekmatyar, como sugería Islamabad, sino que tampoco garantizó la ruta hacia el norte desde Quetta, ni puso fin al comercio del opio, como quería Washington. Por el contrario, estimularon su producción (en 1999, según la ONU, Afganistán produjo 4.600 toneladas de opio, cultivado, en un 97 por 100, en zonas talibán), impusieron una política muy dura de discriminación total de la mujer, que fue apartada de los puestos de trabajo, de la educación y de la sanidad y confinada en el *burka* y en la privacidad doméstica, y dieron protección a algunos dirigentes de redes terroristas de ámbito internacional, obligando a la Casa Blanca a distanciarse del régimen de Kabul.

El 7 de octubre de 2001, los Estados Unidos y sus aliados iniciaban una operación de castigo contra objetivos militares y posiciones talibanes en Afganistán como respuesta a los atentados del 11 de septiembre, y a la protección que brindaba el régimen a Osama Bin Laden, acusado por el gobierno de Washington de haber organizado y financiado dichos atentados. Tras un mes de intensos bombardeos, el 12 de noviembre de 2001, la Alianza del Norte, que tres días antes había ocupado el enclave estratégico de la ciudad de Mazar-e-Sharif, vital para recibir apoyo logístico y material de guerra vía terrestre desde Uzbekistán, entraba en Kabul, el régimen talibán se desmoronaba rápidamente y sus principales dirigentes buscaban refugio en su bastión de Kandahar, en el sudeste del país, o en Pakistán. A pesar de las incógnitas²³, la caída del régimen talibán y los atentados del 11 de septiembre constituyen un nuevo eslabón en el largo proceso iniciado a mediados de los cincuenta con el enfrentamiento, en el contexto de la Guerra Fría, entre socialismo árabe e islamismo y realimentado, tras la revolución de lomeini en Irán, con la oposición entre las formas del islamismo radical chiita y sunita que, en ambos casos, derivaron hacia versiones fundamentalistas de carácter violento que hicieron del terrorismo el

²³ Entre las principales incógnitas está, sin duda, el futuro político del Afganistán posttalibán. Con la excepción de Gulbuddin Hekmatyar, que vive exiliado en Irán, pero que puede reincorporarse al nuevo proceso político con relativa facilidad, la Alianza del Norte está formada por los mismos grupos de mujaidines que fueron incapaces de ponerse de acuerdo en 1992 tras la primera toma de Kabul. Por otra parte, la representación pashtún en el nuevo sistema político y los intereses, a menudo divergentes, de los países vecinos implicados (pakistán, Irán, India, Rusia y las ex repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tadjikistán) son otros puntos de fricción que no tienen una solución fácil. Por último, habrá que ver cómo evoluciona y qué nueva situación geoestratégica configura la presencia política, militar y económica de Estados Unidos en Asia Central.

medio para alcanzar unos fines que nunca encontrarán justificación ni en la religión ni en la política. No es, evidentemente, una línea continua y, a veces, los aliados de ayer se han convertido en adversarios y Viceversa.

Al mismo tiempo, los atentados del 11 de septiembre ponen al descubierto el carácter asimétrico que adquieren los conflictos de la era global, que se caracterizan por la aparición de un nuevo terrorismo internacional capaz de aprovecharse de la contradicción de fondo que se da entre globalización y seguridad²⁴. En un mundo globalizado, las respuestas defensivas convencionales no son suficientes para garantizar la seguridad y no por ello debe caerse en la tentación de restringir las libertades. Desgraciadamente, la mentalidad de la Guerra Fría persiste, de la misma manera que persisten sin resolver conflictos que hundan sus raíces en aquel período. Aparecen, pues, nuevas formas de terrorismo internacional, cargadas de fanatismo, de preparación, de especialización y conocimiento tecnológico, de acceso a la información, de poder económico y capacidad financiera y de una actitud de espera paciente en el anonimato que proporcionan las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos, mientras los ejecutores esperan la hora de la inmolación en atentados de una efectividad desconocida e imprevisible.

Nuevos retos, nuevas respuestas y un enfoque distinto de los análisis que deberían interrogar al pasado reciente para encontrar respuestas. En este sentido, apuntaremos para concluir algunos elementos de reflexión a modo de conclusiones:

1. Las nuevas formas del terrorismo internacional relacionadas con el islamismo radical aparecen en la medida en que el islamismo político ha perdido el empuje que tenía en décadas anteriores, ha fracasado o se ha normalizado integrándose -directa o indirectamente- en la vida política parlamentaria de los países musulmanes.

2. En el caso de las tramas terroristas que, como la de Osama Bin Laden, pretenden actuar en nombre del islam hay que recordar que ni en el Corán, ni en los textos y tratados del pensamiento religioso musulmán se encontrará justificación alguna para masacrar víctimas inocentes. La misma pretensión de hacer de la *yihad* un sexto pilar del islam revela un profundo desconocimiento -o un uso interesado

²⁴ BISHARA, M.: «L'ère des conflits asymétriques», *Le Monde Diplomatique*, octubre 2001, pp. 20-21.

de dicho desconocimiento— de la religión islámica y de su texto sagrado ²⁵.

3. La perversión de las relaciones internacionales heredadas de la Guerra Fría y el uso de un doble rasero para aplicar las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas han creado una creciente frustración en el Tercer Mundo y, muy especialmente, en el mundo musulmán, muy sensibilizado por conflictos como el de Palestina y por el trato de favor que parece dispensarse a Israel. Hay que trabajar, pues, para dotar de un sentido ético a las relaciones internacionales —consensuando un mínimo común denominador en los criterios de elaboración y el grado de cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad— y reducir así los niveles de frustración. Con ello no se reducirán, ciertamente, los desequilibrios y las desigualdades en la distribución de la riqueza, pero se avanzará en la resolución de algunos conflictos y, en todo caso y pensando en el mundo musulmán y en Palestina, se dejará al descubierto la utilización de los mismos por parte de las elites políticas dominantes para desviar la atención de las insuficiencias políticas, sociales y económicas internas o por parte de organizaciones radicales que legitiman con ellos sus acciones terroristas.

4. Los Gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Europea deberían revisar las alianzas igualmente perversas heredadas de la Guerra Fría, como es el caso de Arabia Saudí. La presencia de 13 saudíes entre los 19 piratas del aire que perpetraron los atentados del 11 de

²⁵ **Una de las respuestas más contundentes a la utilización interesada del islam** para justificar lo que no tiene justificación la ha dado precisamente Nadia Yassin, portavoz del Movimiento islamista moderado marroquí Justicia y Virtud e hija del líder islamista Abdessalam Yassin: Pregunta: ¿Qué sentimientos le inspiran los atentados del 11 de septiembre? Respuesta: Por un lado, una condena sin paliativos; por otro, la sensación de que Osama Bin Laden nos ha jugado una mala pasada. Para aquellos, como nosotros, que preconizamos la no violencia, para la gran mayoría de los 1.300 millones de musulmanes que hacen una lectura moderada del Corán, lo sucedido nos perjudica. Es un golpe duro porque algunos en Occidente intentarán hacer la amalgama entre nosotros y Bin Laden. Lo es también porque cada vez que un musulmán se atreve a criticar EE. UU. o a Occidente, se le señalará con el dedo (Bin Laden, P.: Pero Bin Laden es musulmán, es piadoso, es... R.: Y Franco también pertenecía al mundo cristiano. Seamos serios, Bin Laden es el hijo extraviado de la versión saudí del islam. Ha traicionado a su fe. Y el wahabismo es beligerante, rígido, reductor, simplista, etc. Su lectura del Corán es miope. Se sitúa en el otro extremo de su interpretación universalista del mensaje del islam (*El País*, 21 de octubre de 2001).

septiembre y la relación de entidades financieras saudíes con grupos islamistas radicales han puesto de relieve las contradicciones del doble juego de Riad. Durante años, Washington prestó ayuda militar a la familia Saud a cambio de que Riad exportara a buen precio su crudo. Como contrapartida, Occidente no interfirió en los asuntos internos saudíes, calló ante la (olwulcación, en nombre de una versión rigorista y reaccionaria del islam —el *wahhabismo*— de derechos humanos fundamentales y permitió la financia(ción de regímenes y movimientos islamistas. Al mismo tiempo, las rentas del petróleo garantizaban el nivel de vida de la población, mientras mano de obra musulmana inmigrada aseguraba la producción. Se desarrolló así una imagen irreal del mundo que combinaba la política prooccidental con los fundamentos conservadores de un Estado teocrático que dispensaba un poder sin parangón a los líderes religiosos. Hace una década, los jóvenes saudíes, urbanos, acomodados, universitarios y menos atados a las relaciones tribales, rechazaban el trabajo manual, hecho por inmigrantes musulmanes, y aspiraban a un trabajo bien remunerado. Sin embargo, la caída de las rentas petroleras y el crecimiento demográfico (15 millones de habitantes en 1991 y 22 en 2(00) hicieron disminuir el nivel de vida y aumentar el paro (un 18 por 100). Al mismo tiempo, las universidades islámicas formaban miles de ulemas muy críticos con los dirigentes tradicionales. La combinación, explosiva, de estudios universitarios y rigor religioso se proyectó en Peshawar y se expandió por todo el mundo. En Afganistán, Osama Bin Laden participaba en la guerra contra el Gran Satán (el Ejército Rojo) y en Arabia Saudí se erigía en el portavoz de la revuelta de los privilegiados. La corrup(ción de los Saud y la presencia de tropas norteamericanas en suelo sagrado del islam alimentaban su discurso. Conviene, en definitiva, tener presente que la crisis institucional, social, política y económica de Arabia Saudí se ha convertido en uno de los principales factores de desestabilización del mundo musulmán y puede ser el germen de nuevos conflictos.

5. En el mundo musulmán, parecen haber fracasado los modelos de desarrollo y de organización política de corte occidental (en su doble vertiente: neoliberal y de socialismo árabe) e islámico. Los procesos de transición política parecen estancarse o ser incapaces de abocar a un Estado de derecho y democrático, y la oposición entre laicismo e islamismo parece insuperable. Se trata, sin duda, de una generalización excesiva que habría que matizar caso por caso y que algunas experiencias

desmentirían²⁶. Sin embargo, parece urgente recuperar el discurso y el debate sobre la modernización política y el renacimiento de un pensamiento árabe y musulmán capaz de reconciliar política y religión que, el colonialismo primero, la política de bloques después y la corrupción de las elites políticas casi siempre, interrumpieron. Hay que apostar por una renovación de las elites dirigentes, que, en muchos casos, permanecen en el poder desde el momento mismo de las independencias, lo que favorece la corrupción, el nepotismo, la gerontocracia y el inmovilismo, y, como concluye Burhan Ghalion, por una amplia renovación política en el islam, porque «el verdadero mal que aqueja a las sociedades musulmanas no procede del islam, sino de su política»²⁷.

6. Por último, tras los atentados del 11 de septiembre se apuntan dos respuestas posibles. Por una parte, desde lo más profundo del pensamiento conservador, se apuesta por la respuesta militar, los sistemas de defensa convencionales y la restricción de las libertades en nombre de la seguridad. Se plantean así como incompatibles libertad y seguridad y, rejuveneciendo el discurso de la Guerra Fría, camuflado ahora bajo el temido «choque de civilizaciones», se vuelve al pensamiento maniqueo en blanco y negro que no admite la duda, la crítica o la disensión, que son abocados al negro túnel del terrorismo, de su entorno o de sus compañeros de viaje. Se anulan así derechos y libertades, sobre todo entre la población inmigrante «sospechosa». Son las políticas del Occidente fortaleza que, además de altamente costosas, son ineficaces y generan nuevas frustraciones, mayores desigualdades y futuros conflictos que, a su vez, incrementarán la inseguridad. Por otra parte, hay quien apuesta por la conquista de nuevas cotas de libertad, es decir, por la extensión, o la globalización si se prefiere, de los derechos fundamentales y las libertades. La apuesta por la libertad, y por una mejor distribución de la riqueza, una reducción de los desequilibrios entre el norte y el sur y un sistema de relaciones internacionales más justo y equitativo, no garantiza plenamente la seguridad a corto plazo, pero, sin duda, contribuirá a mejorarla en el futuro.

²⁶ Ver el detallado análisis que para algunos Estados árabes hace MARTÍN MUÑOZ, C.: *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999. Ver también SEGURA, A.: *El mún àrab actual*, Barcelona, Eumo Editorial/Universitat de Cirona, 1997, y *op. cit.*, 2001.

²⁷ GHAUOIJN, B.: *Islam y política. Las traiciones de la modernidad*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999, p. 247.